Hay una verdad profundamente seria —y a la vez llena de esperanza— en la enseñanza tradicional de la Iglesia: **seremos juzgados por el amor hecho obras**. No por ideas abstractas, no por intenciones vagas, sino por aquello que hicimos —o dejamos de hacer— con el prójimo concreto que Dios puso en nuestro camino.

Esto no es una opinión piadosa. Es el corazón mismo del Evangelio, expresado con fuerza en el juicio final narrado por Evangelio de San Mateo (Mt 25, 31-46), donde Jesucristo se identifica con el hambriento, el sediento, el enfermo y el preso. Allí se revela el criterio definitivo:

> *"Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis".*

Este pasaje no solo inspira: **define el contenido concreto del Juicio**.

¿Qué son las obras de misericordia?

La tradición catequética de la Iglesia responde con claridad:

Las obras de misericordia son aquellas acciones mediante las cuales socorremos las necesidades corporales y espirituales del prójimo.

No se trata solo de "ser buena persona". Se trata de **hacer visible la misericordia de Dios** en la vida cotidiana. La palabra "misericordia" viene del latín *miseri-cor-dare*: *dar el corazón al miserable*, al necesitado.

Y aquí hay algo clave:
 No hay verdadera vida cristiana sin obras de misericordia.
 No hay santidad sin caridad concreta.

El doble rostro de la misericordia: cuerpo y alma

La Iglesia, con sabiduría milenaria, ha distinguido **dos tipos de obras de misericordia**:

- Corporales (para las necesidades físicas)
- Espirituales (para las necesidades del alma)

Ambas son inseparables. Reducir la fe solo a ayuda material es empobrecerla; olvidarse del sufrimiento físico en nombre de lo espiritual es deshumanizarla.

I. Las obras de misericordia corporales

Son siete, y tienen una fuerza profundamente actual, aunque parezcan antiguas:

1. Dar de comer al hambriento

En un mundo donde aún existe hambre real —y también hambre de dignidad— esta obra sigue siendo urgente. No se limita a dar limosna: implica **compartir, renunciar, implicarse**.

2. Dar de beber al sediento

El agua, símbolo de vida, es también símbolo de justicia. Hoy esta obra interpela incluso a cuestiones sociales: acceso a recursos, pobreza, desigualdad.

3. Vestir al desnudo

No es solo cubrir el cuerpo, sino **restaurar la dignidad**. Muchas veces la “desnudez” es también social: marginación, exclusión.

4. Dar posada al peregrino

En tiempos de migraciones masivas, refugiados y desplazados, esta obra es más actual que nunca. Aquí el cristiano se enfrenta a un reto concreto: **¿ve en el extranjero a un problema o a un hermano?**

5. Visitar a los enfermos

Una de las obras más profundamente cristianas. No siempre podemos curar, pero **siempre podemos acompañar**. La soledad del enfermo es, muchas veces, peor que la enfermedad.

6. Visitar a los presos

Una obra incómoda, olvidada. Nos obliga a mirar más allá del delito y reconocer la **dignidad irreductible de toda persona**.

7. Enterrar a los muertos

Puede parecer la más lejana, pero revela una verdad esencial: **honrar el cuerpo incluso después de la muerte**, afirmando la esperanza en la resurrección.

II. Las obras de misericordia espirituales

Si las corporales atienden al cuerpo, estas van al núcleo más profundo: el alma.

1. Dar consejo al que lo necesita

No se trata de opinar sin más, sino de **ayudar a discernir según la verdad y el bien**.

2. Enseñar al que no sabe

Una obra clave en tiempos de confusión. Enseñar no es imponer, sino **iluminar con caridad y verdad**.

3. Corregir al que yerra

Probablemente la más difícil hoy. Vivimos en una cultura que rechaza la corrección. Pero **corregir con amor es un acto de misericordia**, no de juicio.

4. Consolar al triste

Una palabra, una presencia, un silencio compartido… El consuelo es una de las formas más

puras del amor cristiano.

5. Perdonar las injurias

Aquí se juega todo. El cristianismo no se entiende sin el perdón. No es debilidad, es **participación en la misericordia de Dios**.

6. Sufrir con paciencia los defectos del prójimo

La convivencia revela nuestras miserias. Esta obra exige humildad y caridad cotidiana.

7. Rogar a Dios por vivos y muertos

La oración es también una obra de misericordia. Interceder es amar en profundidad, incluso cuando no podemos actuar directamente.

El Juicio: no será teórico, será concreto

La enseñanza tradicional es clara:
 Se nos pedirá cuenta de estas obras.

No en abstracto, sino en lo concreto:

- ¿A quién ayudaste?
- ¿A quién ignoraste?
- ¿A quién perdonaste?
- ¿A quién rechazaste?

El cristianismo no es una idea bonita: es una vida vivida en caridad.

Como enseñaba Santo Tomás de Aquino, la misericordia es la mayor de las virtudes en cuanto al prójimo, porque refleja directamente el amor de Dios.

Una llamada urgente para hoy

Vivimos en una época paradójica:

- Mucha sensibilidad… pero poca acción.
- Mucho discurso… pero poco sacrificio.
- Mucha opinión… pero poca misericordia real.

Las obras de misericordia no son opcionales. Son **el termómetro de nuestra fe**.

No se trata de hacer grandes cosas, sino de hacer **pequeñas cosas con gran amor**, como recordaba Santa Teresa de Calcuta.

Guía práctica: cómo empezar hoy

No hace falta esperar condiciones ideales. Puedes empezar ahora:

- Llama a un enfermo o anciano.
- Escucha a alguien que sufre.
- Perdona una ofensa pendiente.
- Da algo concreto a quien lo necesita.
- Reza por alguien que no puede hacerlo.

La misericordia comienza en lo pequeño… pero tiene consecuencias eternas.

Conclusión: el cristianismo se juega en el amor concreto

Al final, todo se reduce a esto:

 ¿Hemos amado como Cristo?

Las obras de misericordia no son una lista moralista. Son el **retrato de Cristo vivido en nosotros**.

Porque el día del Juicio no se nos preguntará cuánto sabíamos…
sino **cuánto amamos**.

Y ese amor tendrá nombre, rostro y obras.